

Impactos de África en Cuba: cincuenta años

David González López

Cátedra Amílcar Cabral. Universidad de La Habana.

Cualquier caracterización de la sociedad cubana posterior a 1958 tendría que incluir, necesariamente, su extraordinaria interacción con África. Y ello no solo por el fuerte contraste con los decenios republicanos anteriores al advenimiento del poder revolucionario, cuando las políticas oficiales y los intereses de los estratos sociales dominantes ignoraban y despreciaban a un continente que ofreció a Cuba un enorme aporte demográfico y cultural, sino también por el considerable impacto renovado que el continente ha tenido desde entonces sobre los cubanos, y que ha contribuido a moldear nuestro perfil nacional y revolucionario de múltiples maneras.¹

Es harto conocido que en los casi cuatro siglos que duró la llamada trata negrera, Cuba experimentó un fuerte influjo humano. La sociedad esclavista utilizaba al negro no solo como instrumento de trabajo, sino también —como lo hiciera Europa— para construir en él la imagen del «otro» que contribuiría a fortalecer el ego blanco de las clases dominantes, al atribuirle al africano todos los defectos y vicios de los que se suponían desprovistos a los europeos y, en menor medida, a sus descendientes criollos por mero

determinismo racial. Pero ello no pudo impedir ni la mezcla de variados colores, ni el acercamiento y ulterior fusión cultural para crear una nueva realidad criolla y mestiza: incluso, en ciertos casos, los propició, por la curiosidad y las expectativas que despertó el constructo del mito negro.

La fusión cultural hallaría su máxima expresión en la integración y la convergencia de ideales de nuestras luchas independentistas del siglo XIX, que iban a constituir —según los términos en que el revolucionario Amílcar Cabral definiera ese fenómeno un siglo más tarde— la expresión política organizada de la cultura de un pueblo en lucha, en tanto representaba, de un lado, un producto o acto de cultura y, de otro, un factor productor, generador, de ella.

Sin embargo, con la frustración de la independencia, tras la intervención norteamericana en una guerra que los criollos de distintas razas iban ganando, unidos, se frustraron también los ideales libertarios, en primer lugar los de una república de plena igualdad racial. La llamada «guerrita» de 1912 significó una advertencia a los negros a aceptar su posición subalterna, y todo lo negro —lo de algún origen africano— se convirtió nuevamente en

objeto de rechazo, desprecio o burla de la sociedad dominante, a pesar de —por ejemplo— su creciente e innegable presencia en las artes, las letras y sobre todo la música, y de la popularidad en constante expansión —que no respetó las barreras raciales— de los elementos religiosos de origen africano.

Si bien África prácticamente no existía como entidad política independiente en aquella primera mitad del siglo xx —en la etapa de la república mediatizada solo se establecieron muy formales relaciones diplomáticas con Etiopía y, más tardíamente, con Egipto—, no pueden olvidarse factores como el retorno de cierto número de libertos a África, la popularidad de las ideas panafricanas de corte garveyista en Cuba —con mayor peso entre los inmigrantes del Caribe anglófono— o acontecimientos puntuales, pero significativos como la movilización de una intelectualidad, sobre todo negra y mestiza, liderada por José Luciano Franco, frente a la invasión italiana a Etiopía en 1935.

La cultura dominante, cada vez más norteamericanizada, relegaba la imagen de África a la que brindaban las películas de Tarzán. Muchos aportes culturales de origen africano, como las formas más populares de música, eran despreciados o edulcorados por la cultura oficial o incluso, sencillamente, prohibidos —como el caso de muchas manifestaciones religiosas de igual origen—, al tiempo que tendían a proliferar ejemplos abiertos y encubiertos de discriminación racial.

Las políticas que desde enero de 1959 comenzó a aplicar el poder revolucionario triunfante fueron muy pronto apuntando a una redistribución de las riquezas nacionales y, por consiguiente, a remodelar las relaciones sociales, incluidas las raciales. Los ambiciosos programas puestos en marcha de inmediato —específicamente en esferas como la educación, la salud, la vivienda, el empleo, el deporte, etc.— beneficiarían, en primer lugar, a las familias pobres, entre las cuales la población negra y mestiza estaba sobrerrepresentada en relación con su peso demográfico real en la Isla. En cuanto a los principios éticos, el nuevo régimen promovió la idea de una sociedad regida por relaciones de solidaridad entre las personas, y no por una creciente mercantilización, como había sido la norma en la sociedad prerrevolucionaria.

Estos esfuerzos en la política interna tendrían su perfecta correspondencia en la proyección exterior del Gobierno revolucionario, sobre todo en la defensa inflexible del principio de la igualdad soberana entre las naciones, la extensión de una constante solidaridad multifacética a los demás países subdesarrollados y el apoyo a los movimientos de liberación nacional en todo el mundo. El arraigado antagonismo que nos profesaron sucesivos gobiernos norteamericanos tuvo que ver tanto con el nuevo proyecto cubano en política

interna como con el accionar exterior revolucionario, para el cual África proveería un escenario privilegiado.

Muchos expertos cubanos argumentan que no puede hablarse en propiedad de una política cubana post-1958 para el África, pues —arguyen— en realidad lo que existe es una para el mundo subdesarrollado, como se ha venido expresando, por ejemplo, en la activa participación de Cuba en el Movimiento de Países no Alineados desde su creación, en 1961, y cuya presidencia ocupa hoy por segunda vez.

Son numerosas las razones para sostener que existe una clara y precisa política cubana para África. Ello se debe a la declarada percepción de la dirigencia revolucionaria respecto al papel de los africanos y sus descendientes en toda nuestra historia y a la coincidencia en el tiempo —y, más allá, en determinadas percepciones claves— del triunfo de la Revolución cubana y la primera oleada de las independencias africanas. Aunque la autoproclamación del proceso cubano como el inicio de una segunda oleada libertaria latinoamericana establecía claramente el terreno primordial de acción y asociación del nuevo gobierno, este no podía dejar de contemplar con enorme interés los acontecimientos que por aquella fecha —en especial y masivamente a partir de 1960— se estaban produciendo en África. Pocos años después, hacia allí, precisamente al Congo, se dirigió el Che Guevara y un grupo de cubanos para poner en marcha la praxis del internacionalismo solidario, antes de partir al altiplano latinoamericano en Bolivia.

Cuando se repasa el casi medio siglo de vínculos de la Cuba revolucionaria con África, se perciben varios rasgos dominantes, entre los cuales, a mi juicio, tres resultan fundamentales:

- *Su coherencia*: la correspondencia entre el discurso político y la acción concreta, o entre «el dicho» y «el hecho» a lo largo de un extenso marco temporal.
- *Su inmutabilidad*: la permanencia de sus principios básicos a través de los años y a pesar de ciertos ajustes y cambios.
- *Su adaptabilidad*: su capacidad de operar en escenarios y condiciones cambiantes que han afectado al África, a Cuba y al mundo en general.

El ejercicio de la política exterior cubana se basa en la solidaridad con el mundo subdesarrollado, e incluso con sectores modestos de países ricos. La ausencia de ganancias o condicionamiento político, económico o de otro tipo en la prestación de la solidaridad ha sido igual para todas las regiones del mundo. Sin embargo, los argumentos referidos a la ayuda al África han sido claramente singularizados: el propio presidente Fidel Castro argumentó en su momento el «deber de compensación» que los cubanos teníamos con África,

en virtud del crucial papel desempeñado por los africanos y sus descendientes en nuestras guerras independentistas y revolucionarias, en su aporte a la construcción de la nación cubana y en la creación de riquezas que sucesivas generaciones de todas las razas han disfrutado. De ese modo, muchos años antes de que cobraran auge las reclamaciones africanas de indemnización por los siglos de trata y esclavitud, Cuba —que no fue una de las potencias coloniales beneficiadas con la extrema explotación esclavista— se puso al frente de los reclamos con un ejemplo que, hasta el momento, ninguna antigua metrópoli ha osado seguir.

Curiosamente, la naturaleza altruista de la política de Cuba para África fue un elemento de particular antagonismo con el gobierno neoconservador de Ronald Reagan a lo largo de la mayor parte del decenio de 1980-1989. Los estrategas reaganianos del *roll-back* no impugnaron el compromiso cubano de llevarse de Angola solo «los cadáveres de nuestros muertos» una vez firmada la paz en ese país porque ello fuese falso; todo lo contrario. Sostenían que precisamente por no tener Cuba intereses —léanse minas, fábricas, empresas, ferrocarriles, etc.— de su propiedad a proteger en Angola, su presencia militar en ese país resultaba «ilegítima» y, por tanto, «subversiva» respecto al orden internacional establecido. En contraste, pocos años antes —uno de los breves instantes de racionalidad de la administración de James Carter en su paso por la Casa Blanca—, el representante ante Naciones Unidas, Andrew Young, había expresado públicamente que las tropas cubanas significaban un factor «estabilizador» en Angola.

Cuba nunca le brindó a África lo que le sobraba, sino compartió sus modestas existencias. Un primer momento que sentó pauta ocurrió en 1963, cuando había perdido prácticamente la mitad de los seis mil médicos existentes en la Isla en 1959 y se proponía extender los servicios de salud a las regiones del país que carecían de ellos. Entonces, la Argelia recién independizada y abandonada de golpe por casi todo el personal francés médico especializado, solicitó ayuda. Cuba no vaciló en enviar una brigada de salud que prestó de forma gratuita sus servicios.

La práctica de apoyar a los pueblos en su justa lucha independentista fue a menudo costosa, porque enturbió en determinada medida las relaciones con ciertas potencias europeas, importantes frente a la hostilidad de los Estados Unidos; por ejemplo, con Francia y España, por el apoyo cubano a los patriotas argelinos y la solidaridad con los luchadores saharauíes. Han ocurrido incluso instancias en las que Cuba ha pasado por alto principios bastante esenciales de su política exterior cuando así lo han demandado nuestras estrechas relaciones con África. Un ejemplo se presentó cuando —contrariando la política de no romper relaciones, bajo

circunstancia alguna, con ningún país, para no aplicar la misma arma promovida por los Estados Unidos entre sus gobiernos latinoamericanos aliados contra nuestro proceso—, Cuba rompió relaciones con Israel, y se unió a las naciones africanas que daban ese paso como condena a la ocupación de territorio africano —la Península del Sinaí— por parte de las tropas sionistas, a raíz de la guerra árabe-israelí de 1973. Veintiún años después, respondiendo a una solicitud del Congreso Nacional Africano y dadas las especiales circunstancias del caso, el gobierno cubano (a pesar de no haber participado en ejercicios de observación electorales, considerándolos deber y derecho del país que realiza los comicios) accedió a enviar a un grupo de expertos cubanos que integraron la Misión Observadora de Naciones Unidas en Sudáfrica (UNOMSA, según sus siglas en inglés).

En sus primeros decenios, la cooperación cubana fue más intensa con un grupo de países cuyos gobiernos tenían mayor afinidad política con la Isla. Sin embargo, desde fines del siglo pasado se acentuó la tendencia a una prestación más expandida por todo el continente africano. Actualmente, son muy pocos los países africanos que no han recibido en su suelo a cooperantes cubanos o no cuenten con nacionales graduados en Cuba.

Incluso la salida del poder de gobiernos africanos en cuyos países existía una colaboración cubana de vieja data no significó el cese de la ayuda, que prosiguió sin sobresaltos —son los casos de la República Popular del Congo a mediados de la década los 60, Guinea Bissau en 1980 y 1999, o Zambia, Cabo Verde, o Sao Tomé y Príncipe del 1990 al 1999— o bien se reanudó tras un período de ajustes (Etiopía).

Hasta la segunda mitad del decenio de 1970-1979 la cooperación cubana se extendía gratuitamente al país receptor, incluidos los costos de viaje hacia y desde África de los cooperantes cubanos. Pero su creciente popularidad hizo que para ese entonces aumentara enormemente el número de países africanos que la solicitaban, y esto condujo a una variante en 1977: los países receptores que poseyeran capacidades financieras para compensar al menos una fracción de los gastos —y Angola era, en aquel instante, el único caso africano, gracias a sus ingresos por la producción de petróleo— así lo hicieran, para permitir que Cuba ampliara su asistencia a los países carentes de esa posibilidad de pago.² El nuevo arreglo duró muy poco tiempo, porque después del acceso al poder de la administración Reagan en 1981, la intensificación de la guerra devastó la economía angolana y Cuba regresó a la antigua práctica de sufragar todos los gastos de la misión.

En los años transcurridos desde entonces, y en la medida en que fueron concluyendo las guerras en África y la cooperación se expandió a otros países beneficiarios

con mayores capacidades de pago, se han ensayado otros arreglos para compartir los costos que esto genera. Así, por ejemplo, en la Cumbre Sur del Grupo de los 77 en La Habana, en 2000, varios países africanos de relativo poder económico se comprometieron a contribuir con un fondo que posibilitaría a tres mil médicos cubanos más prestar servicios en África.

Por lo general, en todos los casos los costos siguieron siendo mínimos para los países receptores de la ayuda, que se mantuvo casi de forma gratuita. Para que se tenga una idea, en el frente de la salud, hacia principios de agosto de 2008, había 1 886 cooperantes cubanos en treinta países africanos;³ de ellos, solo 660 —poco más de la tercera parte— respondían a esquemas de cooperación compensada, para un total de diez países africanos —la tercera parte de los beneficiados—,⁴ pero en tres de estos últimos (Angola, Etiopía y Nigeria) podemos encontrar las dos variantes.

Nos hemos detenido más en la esfera de la salud porque constituye el sector más emblemático de la cooperación con África, al punto de que oscurece otras prestaciones de gran importancia. De manera general, hacia 1998 —aun en tiempos de limitaciones económicas— unos 2 809 especialistas cubanos laboraban en 84 países de cuatro continentes, en su mayoría (1 157) en África. Hasta el año 2000, sumaban 138 805 los técnicos civiles cubanos que habían laborado en el exterior, 76 771 de ellos (55%) en África.⁵

En 2004, Cuba tenía relaciones de colaboración con 51 países africanos, mantenía 46 comisiones mixtas intergubernamentales de colaboración con ellos y en un solo año había alcanzado la cifra récord de 22 sesiones celebradas de esas comisiones. Ese mismo año, logró desarrollar 86 proyectos en 31 países africanos.⁶

Muchos académicos occidentales suelen preguntarse, respecto a la ayuda cubana a África, cuánto cuesta en términos económicos. Las cifras totales varían según el cálculo que se aplique. Un estudio de 1992 estimó el costo del conjunto de la cooperación económica cubana a todo el Tercer mundo entre 1963 y 1989, en un aproximado que oscilaba entre 1 500 y 2 000 millones de dólares.⁷ Otro calcula que de 1975 a 1988, el valor de la ayuda cubana sumó más de mil millones por año.⁸ Cualquiera de las dos cifras representa un altísimo porcentaje del Producto interno bruto (PIB) cubano. Incluso, durante los años críticos del llamado Período especial —entre 1990 y 1998—, la Isla realizó donaciones cuyo valor se estima en 22,3 millones.⁹

El estrecho vínculo político con África se evidencia también en el hecho de que el país mantiene relaciones diplomáticas con 53 de los 54 países de ese continente,¹⁰ cuenta con embajadas en treinta de esos países¹¹ y alberga en La Habana misiones diplomáticas al máximo nivel de veintidós naciones africanas,¹² lo cual representa

un hecho sin precedentes no solo para un país latinoamericano, sino también para la inmensa mayoría de los países no africanos del mundo.

La cooperación cubana —reflejo de la histórica lucha nacional por hacer valer su soberanía frente a los intentos hegemónicos de sucesivos gobiernos norteamericanos— ha estado totalmente desvinculada de cualquier condicionamiento de tipo político-ideológico o económico. La no imposición de un «modelo» particular a los países receptores se evidenció en la introducción de programas de estudio para miles de estudiantes extranjeros, en su inmensa mayoría africanos, en la Isla de la Juventud que, en lugar de cursar Geografía o Historia cubanas, cubrían las necesidades de perfeccionamiento de la lengua oficial de sus países, junto con su propia geografía, historia, etc., impartidas por profesores de sus nacionalidades. Ello no ha impedido, sin embargo, que —según hemos podido comprobar en encuestas realizadas por el Centro de Estudios de África y Medio Oriente (CEAMO) entre graduados africanos de diversas generaciones y países— en su inmensa mayoría los antiguos alumnos se sientan profundamente agradecidos e identificados con Cuba, su cultura y su política. Existen casos como el de los etíopes graduados en la Isla, quienes se autodefinen como «etiocubanos» para subrayar la empatía con Cuba.

El funcionamiento de estas escuelas resultó una experiencia única en la solidaridad prestada a África por cualquier país extra continental, así como en la interacción de grandes cantidades de jóvenes africanos de orígenes nacionales diversos con la población cubana de una zona de nuestro archipiélago,¹³ aunque esta se ha mantenido significativamente en centros de estudio a lo largo de todo el país en las últimas décadas. Téngase en cuenta que entre 1961 y 2007 se han graduado en Cuba no menos de 30 719 alumnos provenientes de 42 países del África subsahariana, 17 906 de ellos en niveles medios de enseñanza, y 12 813 en niveles de la educación superior; otros 5 850 africanos han recibido en ese período adiestramiento de especialistas cubanos.¹⁴

Por otra parte, la cooperación educacional Cuba-África, con la experiencia de la Isla de la Juventud, comenzó a partir del traslado a Cuba de cientos de niños namibios huérfanos como consecuencia de un ataque sudafricano al campamento de refugiados de Cassinga, en el sur de Angola, cuyo gobierno carecía de las condiciones para atenderlos en aquella coyuntura. Más tarde, alrededor de una decena de países africanos contaron con una o varias escuelas secundarias, técnicas o institutos pedagógicos en la Isla de la Juventud, por la que pasaron miles de sus jóvenes. Muchos

La cooperación con África ha permitido a los técnicos y profesionales cubanos aprender a laborar en condiciones muy difíciles de trabajo y de vida, y a exponerse a las raíces y consecuencias extremas del subdesarrollo y la explotación colonial y neocolonial.

permanecieron largos años en Cuba, donde cursaron toda su enseñanza secundaria y universitaria, e incluso estudios de posgrado.

El esfuerzo solidario cubano con África ha repercutido en numerosos contingentes de graduados en Cuba en determinados países africanos, entre los que no es raro hallar dirigentes políticos, ministros, empresarios y otras figuras de importancia nacional e internacional, como el tanzano Salim Ahmed Salim, quien ocupó el cargo de Secretario General de la Organización para la Unidad Africana (OUA). El programa de alfabetización *Yo sí puedo*, diseñado en Cuba, se aplica en cinco países de África subsahariana,¹⁵ donde han aprendido a leer y escribir más de 73 000 personas y se encuentran en clases más de 7 000. Al simplificar el aprendizaje, sobre todo en el caso de lenguas muy complejas, y acortar el tiempo requerido para alfabetizar a cada individuo, este método abarata los requerimientos de la campaña y hace asequible la erradicación del analfabetismo, incluso en países muy pobres y de altos índices de ese flagelo.

En muchas naciones de África subsahariana la presencia de un grupo de cooperantes cubanos repercute de manera inmediata sobre la esfera social. Ello ha resultado evidente en el creciente número de países a los que se ha llevado el Programa Integral de Salud (PIS), diseñado y aplicado por primera vez en Cuba. Veintitrés en total se hallan en este caso¹⁶ —la mitad de los que conforman el África subsahariana—, y en ellos la presencia médica cubana modifica rápidamente los indicadores de mortalidad infantil o materna. La aplicación del PIS permitió extender la cobertura de salud a más de 48 millones de personas, casi 20% de la suma de sus poblaciones. Los 5 463 cooperantes cubanos en la esfera de la salud brindaron más de 42 millones de consultas, realizaron más de seis millones de trabajos de terreno, 600 000 partos y 1,7 millones de actividades quirúrgicas, aplicaron más de cinco millones de vacunas y salvaron más de un millón de vidas; o sea, algo más de 2% de la población atendida.

En Gambia, uno de los ejemplos más dramáticos, se contaba apenas con dieciocho médicos gambianos —su población es de 1,8 millones de habitantes— y veinte de otras nacionalidades, prácticamente todos

ubicados en la capital, hasta el arribo de la primera brigada médica de 35 integrantes en 1996. El PIS se implantó allí desde junio de 1999 con 158 médicos y otros profesionales cubanos de la salud. Pero, en general, el trabajo de los médicos cubanos se reflejó de inmediato —entre otros indicadores— en la mortalidad infantil, que se redujo en 34%, de 121 por cada mil nacidos vivos en 1998 a 61 en 2001.¹⁷ Para el año 2002, el PIS se había extendido a siete provincias para dar cobertura a 98% de la población del país, con 246 cooperantes, de ellos 193 médicos.¹⁸

En esta misma esfera, se ha extendido recientemente a África subsahariana también la Operación Milagro. Gracias a ella, han recuperado la vista, en un centro oftalmológico en Mali, 6 247 pacientes de ese país y 1 065 angolanos.

La cooperación cubana tiene, en determinados países, dos objetivos esenciales que la distinguen de la que prestan otros países: evitar el robo de cerebros, una vez formados los profesionales y desarrollar, paralelamente, condiciones que hagan innecesaria esa ayuda en el futuro. Esto se ha manifestado tanto en la cooperación civil como en la militar; por ejemplo, la presencia de tropas cubanas ha ido acompañada del entrenamiento a las fuerzas locales. La intensa cooperación médica posibilitó, desde sus primeros años, la formación de personal local de la salud y la apertura de escuelas de medicina en las que profesores y alumnos alternan las labores docentes con el servicio a la población, tal como funciona en Cuba.

Retomando el caso paradigmático de Gambia, la creación de una pequeña Facultad de Medicina con apoyo de la Organización Mundial de la Salud (OMS) permitió iniciar la formación de treinta jóvenes en esa carrera. En otros casos, ingresan en las escuelas de medicina en Cuba; así, por ejemplo, mientras en agosto de 2008 había en Guinea Ecuatorial 167 cooperantes cubanos de la salud, por esa misma fecha veinte jóvenes ecuatoguineanos cursaban estudios en la Escuela Latinoamericana de Medicina (ELAM); Mali, con 122 cooperantes cubanos en la misma esfera, tenía 51 alumnos en la ELAM. Lo mismo puede decirse de la educación: el envío de profesores cubanos se simultaneó con (o fue remplazado por) programas de formación de maestros del país receptor. Un punto

culminante de esta experiencia fue —de nuevo— el funcionamiento, en la Isla de la Juventud, de un Instituto Pedagógico exclusivamente para alumnos zimbabweses.

A partir de 1975 las relaciones de solidaridad entre Cuba y África experimentaron un aumento espectacular. La independencia de Angola, el 11 de noviembre de ese año, representó un parteaguas en términos del intercambio humano con ese continente, en tanto en un momento dado a partir de esa fecha podíamos hallar a más de 50 000 cubanos cumpliendo misiones internacionalistas en labores civiles o militares en África.¹⁹

Pero los medios de comunicación dominantes en el mundo se concentraron a partir de entonces en la presencia militar cubana, con la que levantaron una considerable alharaca, pasando por alto dos elementos fundamentales. El primero, la importantísima presencia de contingentes de combate cubanos en Angola —y un par de años después en Etiopía—, no careció de precedentes, pues ya en 1963 Cuba había enviado tropas a la recién independizada Argelia (casi ignoradas por la prensa internacional de entonces) en circunstancias comparables a los casos de Angola y Etiopía: lo que más varió fue probablemente la escala de la operación, pues el objetivo esencial seguía siendo idéntico: ayudar a repeler una agresión proveniente del exterior contra el territorio de la nación receptora. El segundo aspecto es que la cooperación civil cubana en África ha sido más constante y permanente, y se ha extendido a mayor cantidad de países y formas distintas a la militar. Aunque desde muy temprano los programas de cooperación civil tuvieron variados contenidos (asistencia en la agricultura, construcción de carreteras, aeropuertos, viviendas, fábricas, o lo que es aun más difícil, reconstruirlas tras los destrozos de una guerra), los de mayor demanda estaban relacionados con esferas sociales en las que Cuba experimentó notables avances desde los primeros años de Revolución: salud, educación y, luego, los deportes.

Este tipo de cooperación con el Tercer mundo se inició con el convenio firmado con la República de Guinea en 1960.²⁰ El intercambio de maestros cubanos y estudiantes africanos se produjo poco después del envío de los primeros médicos. Las primeras brigadas de colaboradores tuvieron por destinos a Argelia, Guinea y Tanzania. A mediados de los años 60 había maestros cubanos desde Mali hasta el Congo (Brazzaville); muy pronto arribaron a Cuba los primeros becarios provenientes de Guinea, Congo (Brazzaville) y, posteriormente, Angola.²¹

Entre los rasgos que han distinguido la cooperación cubana con África respecto a la prestada por los demás países del mundo, hay que mencionar su adaptabilidad a las condiciones locales, expresada en las modestas

condiciones en que viven nuestros técnicos y especialistas y en el alto nivel de integración y aceptación que alcanzan. Esa capacidad de adaptación fue puesta a prueba en los difíciles años del Período especial, cuando Cuba sufrió una brusca caída de alrededor de 40% de su producción. En contraste con lo que ocurría en Europa oriental, a finales de los 80 y a principios de los 90, donde a los estudiantes se les canceló la beca de un día para otro, en Cuba los planes de estudio se fueron reduciendo gradualmente en la medida en que los jóvenes se graduaban y regresaban a sus países. En la Isla de la Juventud y en otros centros de estudio de nuestro país, millares de jóvenes africanos compartieron con los cubanos las carencias y limitaciones hasta su graduación. En algunos casos, como el del Instituto Pedagógico zimbabwés, trasladado al país de origen de los estudiantes, se continuó operando allí con personal docente cubano, solución que resultaba menos costosa.

Desde mediados de la década de los 90, aunque continuaban las difíciles condiciones del Período especial, la colaboración cubana con África experimentó un nuevo repunte y pocos años después alcanzó niveles sin precedentes. Esto reafirma la sólida base de los vínculos cubanos con ese continente.

Una importante y singular característica de estos nexos tiene que ver con los casos excepcionales de asesoría militar y tropas cubanas de combate en suelo africano y denota claros, precisos y permanentes principios en su ejecución. Uno de los más significativos es que esa ayuda militar se ha ofrecido a solicitud de un gobierno legalmente establecido o de un movimiento de liberación reconocido por la OUA. Entre 1960 y 1963 (año en que se funda esta organización) los países africanos se hallaban divididos en dos grupos: el de Casablanca (que reunía al pequeño conjunto que esbozaba una política más progresista o radical), y el de Brazzaville, donde se contaba una mayoría de gobiernos menos radicales o abiertamente neocoloniales. Era natural que la joven Cuba revolucionaria se inclinara más hacia el primero (integrado por la Ghana de Nkrumah, la Guinea de Sekou Touré, el Egipto de Nasser y el Mali de Modibo Keita) y que a través de este, entrase en contacto con diversos movimientos de liberación nacional, como los de los patriotas argelinos, sudafricanos y de países bajo dominio portugués. No obstante, en cuanto se funda la OUA y se disuelven los grupos precedentes, la política cubana siempre tuvo muy en cuenta las posiciones de esta y extendió un fuerte apoyo a la unidad del continente en el marco del Tercer mundo y a las luchas descolonizadoras y anti-apartheid. El discurso oficial cubano tuvo siempre una proyección de elogio y respeto hacia la OUA y destacó, como su principal virtud —al margen de sus limitaciones— la ausencia de las potencias neocoloniales, en contraste

con la Organización de Estados Americanos (OEA), en la que la presencia del gobierno norteamericano la convertía en una especie de ministerio de la metrópoli para las neocolonias.

Otra razón de admiración para la dirigencia cubana fue el decidido apoyo que brindaba la OUA a los movimientos de liberación africanos, así como las firmes posturas que adoptaba en asuntos atinentes a la soberanía, la no injerencia exterior en los asuntos internos de las naciones y otros principios del Derecho internacional. Muy poco después de su fundación, y con la bendición de su Comité de Liberación, Cuba comenzó a prestar apoyo activo a los patriotas del Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC) en Guinea Bissau. En 1973, la extensión del territorio liberado a casi todo el país y el funcionamiento de un Estado en lucha dirigido por el PAIGC determinó el hecho, sin precedentes, de que esa república en armas fuese admitida como miembro pleno en la ONU.

De nuevo habría que reiterar que cuando Cuba ha enviado tropas a África a solicitud de un gobierno legalmente establecido, el papel de dichos contingentes se ha limitado estrictamente a defender al país y no a involucrarse en luchas internas ni en misiones de contrainsurgencia. Al cesar la agresión o amenaza y/o solicitarlo el país receptor, las tropas han abandonado puntualmente el territorio. El caso de Etiopía resulta paradigmático, en tanto las tropas cubanas defendieron la integridad territorial contra la invasión somalí, pero nunca se involucraron en las luchas contra los movimientos rebeldes internos, que luego tomaron el poder y formaron un gobierno que hoy tiene excelentes relaciones con la Isla y valora altamente el apoyo que esta brindó a su nación.

Los históricos vínculos de solidaridad de Cuba con el Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) resultan paradigmáticos. Aunque en el país existían otros dos movimientos anticoloniales, el MPLA era no solo el más cercano a Cuba desde el punto de vista ideológico, sino el de mayor apoyo interno en Angola, y por ello era el más interesado en competir con sus adversarios en las urnas y no en el terreno militar. Pero el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), apoyado militarmente por el Zaire de Mobutu, y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), con considerable apoyo sudafricano, también lo sabían, y por ello desbarataron los Acuerdos de Alvor y optaron por la alternativa bélica. Después de treinta y tres años y cientos de miles de muertos, las elecciones multipartidistas celebradas en Angola, en octubre de 2008, confirmaron al MPLA en el poder con más de 80% del voto popular, dejando minúsculas cifras de apoyo para los moribundos FNLA y UNITA.

En Angola las tropas cubanas permanecieron quince años y solo se enfrentaron a las fuerzas de la UNITA cuando estas atacaron a los contingentes cubanos o peleaban junto a las fuerzas invasoras sudafricanas. Durante esos años el gobierno cubano expresó su disposición de repatriar sus contingentes en cuanto Sudáfrica evacuara el sur del país y ofreciera garantías solemnes a Angola de no volver a atacar su territorio. Cuba jamás vinculó la presencia o el retiro de sus tropas con otros asuntos (por ejemplo, la independencia de Namibia y/o la eliminación del sistema del apartheid), aunque en un instante crucial de la guerra —los días heroicos de la resistencia en torno a Cuito Cuanavale— la máxima dirección cubana declaró su disposición a mantener sus fuerzas en Angola para salvaguardar la independencia de ese país, de ser preciso, hasta la mismísima caída del apartheid. Fueron, de hecho, los Estados Unidos quienes establecieron como condición para la independencia de Namibia la retirada militar cubana de Angola. Tanto se debilitó el régimen del apartheid en la etapa final de la guerra, que los acuerdos del sudoeste africano, firmados en diciembre de 1988, abrieron el camino a una veloz independencia de Namibia y al comienzo de negociaciones internas sustantivas en Sudáfrica incluso antes del regreso total de las tropas cubanas: poco más de cinco años después de la firma, las elecciones de 1994 en Sudáfrica marcaron el derrumbe definitivo del régimen y la llegada al poder del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés).

Una última característica de la proyección cubana hacia África, muy poco discutida en el exterior, está asociada con el grado de apoyo interno con que cuenta dicha política entre la población cubana. Al margen de la educación solidaria y altruista que las fuerzas dirigentes del Estado cubano se esfuerzan por impartir a sus ciudadanos, se desplegó una fuerte campaña, en todas las esferas de la sociedad, para el mejor conocimiento de ese continente. África ha ocupado en los medios de difusión, en estos años, un sitio mucho más próximo al que merece, en comparación con lo que ocurre en la prensa plana, radial o televisiva de cualquier otro país de nuestro continente. Desde los años 60, la historia del continente surgió como disciplina independiente en las universidades cubanas, y a partir de entonces se han multiplicado las instituciones relacionadas con este; por ejemplo, el CEAMO, la Casa de África de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, entre otras.

Desde muy temprano, los cubanos hemos tenido acceso privilegiado a las ideas de las más grandes personalidades de la política africana como Amílcar Cabral, o del arte, como la cantante Miriam Makeba, o el Ballet de Guinea, o a las mejores muestras del cine africano. La existencia en La Habana de un Parque de

los próceres africanos, que honra a los fundadores de esas jóvenes naciones —escala obligada de los visitantes africanos de alto nivel—, es una iniciativa sin precedentes en el mundo. La cantidad de obras literarias de ese continente publicadas en Cuba —en su mayoría primeras traducciones al castellano— no tiene igual en ningún otro país latinoamericano, e incluso en muchos del Primer mundo. De ahí que figuras tan destacadas como los Premios Nobel Wole Soyinka y Nadine Gordimer manifiesten una solidaridad tan completa con Cuba.

Pudiera lograrse mucho más, pero lo hecho hasta ahora es impresionante, como sus resultados en la familiarización del cubano con África. Además, constituye un elemento crucial el contacto entre ambos pueblos. Cerca de medio millón de cubanos han vivido en África durante extensos períodos, en misiones de cooperación civil, militar u otras, una cifra extraordinaria, sin precedentes para un país no africano de solo once millones de habitantes y que jamás fue potencia colonial. Igual de sorprendente resulta la cifra de más de 30 000 africanos graduados en Cuba en estos años —contando solo los del África subsahariana, pues si agregamos los del norte, se aproximaría a los 40 000.

Ha habido personas en el mundo que se preguntan: ¿qué le ha proporcionado África a Cuba en estos treintinueve años?, ¿qué ha conseguido o espera conseguir Cuba de África? No mucho en la esfera económica, aunque es significativo el hecho de que el aporte de aquellos países con condiciones para pagar servicios médicos compensados permita extender la ayuda gratuita a otros que no pueden hacerlo, lo cual aumenta el número de beneficiarios africanos de asistencia en el terreno de la salud. Por ser pobres o poseer economías de pequeña escala, se aprecian doblemente gestos como el de Etiopía, al cancelar una deuda cubana pendiente por valor de 2,5 millones de dólares,²² o el de Guinea Ecuatorial al hacer donativos a la ELAM, y más recientemente su contribución de dos millones de euros para la recuperación tras los ciclones Gustav y Ike,²³ por solo mencionar algunos ejemplos. Del mismo modo, aunque nuestras economías, por lo general, no son complementarias, existen notables ensayos de fórmulas para aumentar el intercambio bilateral. Uno de ellos fue el trueque, a principios del difícil decenio 1990-1999, que se concertó con Uganda, país que recibiría productos electrodomésticos y medicamentos cubanos a cambio de frijoles negros, lo cual indicó los altos niveles de confianza existentes entre nuestros países, debido a que los ugandeses no consumían, ni jamás habían cultivado, dicho frijol.

Lo más evidente que África ha concedido a Cuba en los últimos años ha sido su enorme y cada vez más constante y generalizada solidaridad, algo fundamental

para un país como Cuba, que sufre constantes amenazas de la mayor potencia mundial. África es probablemente el continente cuyos representantes votan a favor de Cuba de manera más firme en foros internacionales, aun cuando la mayoría experimenta fuertes presiones de los representantes norteamericanos y su gobierno y a menudo las consecuencias de esta solidaridad en la suspensión de algún que otro crédito o facilidad.

Más allá, la cooperación con África ha permitido a los técnicos y profesionales cubanos aprender a laborar en condiciones muy difíciles de trabajo y de vida, y a exponerse a las raíces y consecuencias extremas del subdesarrollo y la explotación colonial y neocolonial. Ello constituye un notable aporte a la formación profesional y política de la generación más joven de médicos, maestros y colaboradores cubanos, mejor entrenados para encarar las dificultades en su suelo patrio y poner en ejecución la creatividad enriquecida por la práctica durante sus tensas experiencias africanas.

Pero quizás sea más importante que África haya posibilitado a los cubanos poner a prueba la profundidad de sus compromisos internacionalistas y sus valores humanos, así como su espíritu de solidaridad, de compartir con otros pueblos e individuos necesitados.

Aunque el final de la década 1980-1989 y los inicios de la siguiente trajeron para los cubanos el profundo e impactante sinsabor del derrumbe del campo socialista, el desmembramiento de la Unión Soviética y las severas consecuencias de ambos hechos en la esfera de la economía y la vida cotidiana, los acontecimientos que por esa misma fecha se iban desarrollando en África meridional permitieron una importante compensación moral, en tanto contemplamos los frutos del largo esfuerzo de nuestra presencia militar en Angola y nos supimos agentes de un cambio radical en el curso de la Historia en una lejana región del mundo.

Desde principios de los 60 y hasta 1989, 2 289 cubanos y cubanas dieron sus vidas en misiones militares, y otros 204 en misiones civiles en África.²⁴ En su mayoría —1 426 de ellos— fueron víctimas de enfermedades o accidentes. Todos acudieron voluntariamente a cumplir sus deberes internacionalistas, más imperiosos en el caso de África, porque murieron convencidos del papel fundamental que los africanos desempeñaron —también con altísimo riesgo para sus vidas— en la construcción, consolidación y defensa de nuestra nación.

África se ha convertido en una página importante de la historia personal y familiar, al mismo tiempo que nacional. La experiencia africana ha permitido a los cubanos, una vez más, cerrar filas en torno a lo que ha sido —y sigue siendo— un proyecto nacional de gran envergadura basado en el reconocimiento de la fuerza

de los valores morales que han colocado para siempre a Cuba en los libros de historia de otras zonas del mundo.

Notas

1. Las principales ideas que se exponen en este texto se fueron desarrollando a partir de trabajos individuales o colectivos realizados, en su mayoría, desde la primera mitad de la década de los 80 en el Centro de Estudios de África y Medio Oriente (CEAMO), en particular: David González y Armando Entralgo, «Cuban Policy Toward Africa», en W. Smith y E. Morales, eds., *Subject to Solution: Problems in Cuban-US Relations*, Lynne Rienner, Inc., Boulder y Londres, 1988, pp. 47-57; «Cuban Policy for Africa», en Jorge Domínguez y Rafael Hernández, eds., *US-Cuban Relations in the 1990s*, Westview Press, Boulder, San Francisco y Londres, 1989, pp. 141-53; «Southern Africa and Its Conflicts: The African Policy of the Cuban Government», en L. A. Swatuck y T. Shaw, eds., *Prospects for Peace and Development in Southern Africa in the 1990s*, Centre for African Studies, Dalhousie University, University Press of America, Nueva York y Londres, 1991, pp. 117-32; «Cuba and Africa: Thirty Years of Solidarity», en J. Erisman y J. Kirk, eds., *Cuban Foreign Policy Confronts a New International Order*, Lynne Rienner, Inc., Boulder y Londres, 1991, pp. 93-105; «Cuba et l'Afrique: Quel Avenir?», *Aujourd'hui l'Afrique*, n. 42, París, septiembre de 1991, pp. 16-19.

2. Edith Felipe, «La ayuda económica de Cuba al Tercer mundo: evaluación preliminar (1963-1989)», *Boletín de Información sobre Economía Cubana*, v. I, n. 2, CIEM, La Habana, febrero de 1992.

3. Angola (342 cooperantes), Botswana (53), Burkina Faso (9), Burundi (8), Cabo Verde (37), Eritrea (50), Etiopía (11), Gabón (29), Ghana (185), Gambia (138), Guinea (12), Guinea Bissau (35), Guinea Ecuatorial (167), Lesotho (12), Mali (122), Mozambique (126), Namibia (146), Níger (1), Nigeria (5), Ruanda (31), Sao Tomé y Príncipe (9), Seychelles (22), Sierra Leona (4), Sudáfrica (144), Sudán (1), Swazilandia (20), Tanzania (13), Uganda (5), Yibuti (16) y Zimbabwe (133). Estas cifras, al igual que las demás referidas a la cooperación y contenidas en el presente artículo son tomadas del resumen de datos del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX) sobre cooperación cubana con países del África subsahariana correspondiente al mes de agosto de 2008, salvo en los casos en que se indique una fuente distinta.

4. Angola (312), Cabo Verde (37), Etiopía (3), Mozambique (126), Nigeria (1), Sao Tomé y Príncipe (9), Seychelles (22), Sudáfrica (144), Sudán (1) y Uganda (5).

5. Hedelberto López Blanch, «Cuba y África están eternamente unidas», *Granma*, La Habana, 20 de julio de 2008, p. 7.

6. «Cuba abre al mundo su corazón solidario», *Publicación semanal de la Biblioteca Nacional José Martí*, a. 1, n. 1, La Habana, 9 de enero de 2004.

7. Edith Felipe, ob. cit.

8. Ivette García González, «Esencias, principios y práctica de la política exterior de Cuba», disponible en molinamiguel.webpress.com.

9. «Cuba y la cooperación internacional en ciencia y tecnología», disponible en www.undp.org.cu.

10. Marruecos constituye la única excepción.

11. Angola, Argelia, Benin, Botswana, Burkina Faso, Cabo Verde, Egipto, Etiopía, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial, Kenia, Libia, Malí, Mozambique, Namibia, Níger, Nigeria, República del Congo, República Democrática del Congo, Senegal, Seychelles, Sudáfrica, Tanzania, Túnez, Uganda, Zambia, Zimbabwe, y se estudia la apertura de otras más.

12. Angola, Argelia, Benin, Burkina Faso, Cabo Verde, Egipto, Etiopía, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial, Libia, Malí, Mozambique, Namibia, Nigeria, República Árabe Saharaui Democrática, República del Congo, Sudáfrica, Yibuti y Zimbabwe.

13. Había también escuelas de nicaragüenses y coreanos, pero por su volumen y diversidad nacional fueron los planteles africanos los que dejaron la más profunda huella en la Isla.

14. Hedelberto López Blanch, ob. cit.

15. Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, Mozambique, Nigeria y Tanzania. Se preparan condiciones para el comienzo del programa en otros cuatro: Angola, Namibia, Sierra Leona y Swazilandia.

16. Botswana, Burundi, Burkina Faso, Eritrea, Etiopía, Gabón, Gambia, Ghana, Guinea-Bissau, Guinea Conakry, Guinea Ecuatorial, Lesotho, Malí, Namibia, Níger, Ruanda, Sierra Leona, Swazilandia, Tanzania, Yibuti y Zimbabwe siguen aplicando el programa. En Chad y Liberia se estuvo aplicando, pero por el momento está suspendido debido a diversas dificultades.

17. Patricia Grogg, «Ayuda cubana reduce mortalidad infantil en dos países», *Asheville Global Report Online/ Noticias en Español*, n. 84, Asheville, 24-30 de agosto de 2000.

18. «Cuba y la cooperación...», ob. cit.

19. Ivette García González, ob. cit., p. 6.

20. Eugenio Espinosa, «La cooperación internacional en las relaciones internacionales de Cuba», disponible en www.redem.buap.mx.

21. «Cuba y la cooperación...», ob. cit., p. 5.

22. David González, «Civilian Cooperation Between Cuba and Ethiopia (Summary)», en *Muestra fotográfica y evento académico preparados en el marco de las jornadas de celebración por la amistad entre Etiopía y Cuba*, publicación bilingüe español-amárico, AAU Printing press, Addis Abeba, 2007, p. 34.

23. «Gobierno de Guinea Ecuatorial dona a Cuba dos millones de euros», *Granma*, La Habana, 28 de octubre 2008, p. 4.

24. «Total de caídos durante el cumplimiento de misiones militares y civiles, así como las causas de su muerte», *Bohemia*, v. 81, n. 50, La Habana, 15 de diciembre de 1989, p. 33.